

## P. MANUEL FLORES TEMBOURY, S.J.

Málaga 31/01/1924 – Málaga 11/01/2021

Se nos muere otro compañero de mi querida comunidad de la barriada malagueña de Carranque, siguiendo el sendero de Carlos Huelin, José Antonio Morillas, Jesús Navarro, Tuto Méndez, Lupi, .... Manolo Flores era todo vitalidad; era un hombre liberal, optimista, alegre, chistoso, simpático. Era muy familiar y como tal, esa fue la impronta que imprimió a esa comunidad como ministro. Además, era un maestro (como llamaban los alumnos de San José a los profesores), muy creativo y cercano.



Manuel Flores en 2003

Fue el primogénito de una familia con raíces internacionales, que constituyó un referente básico en toda su vida. Su padre, D. Marcelino Flores Cohnheim, fue oficial militar, por lo que la familia vivió en la Alcazaba de Málaga. Al estallar la Guerra Civil estaba destinado en la caja de reclutas 16 en Málaga, ciudad fiel a la República, por lo que fue represaliado al finalizar la contienda, perdiendo su estatus y sueldo de militar. Manolo conservaba algunos recuerdos suyos en su habitación, como su espada. Su madre, D.<sup>a</sup> Concha Temborry Álvarez, era hermana de D. Juan Temborry, el restaurador (la leyenda urbana dice que fue el “constructor”) de la Alcazaba, a cuya entrada se le recuerda con un busto. Tuvo un único hermano, José Luis, pediatra, que murió en 2011, dejando viuda a Trini Fernández-Baca.

Los Temboury y los Fernández-Baca son familias extensas, por lo que no le faltaban a Manolo acontecimientos y celebraciones familiares con cierta frecuencia; además ha mantenido una estrecha relación con su cuñada, que quedó sola, a falta de hijos.

Su primer contacto con la Compañía se produjo al ingresar como externo en el Colegio de El Palo (1937-1941) procedente del Instituto de Málaga. El colegio jesuita había sido incautado injustamente por la II República, pues no era formalmente propiedad de la Compañía sino de la Junta Constructora, y fue devuelto y abierto de modo improvisado (coexistiendo con un hospital de sangre) tras la entrada de las tropas de Franco en la ciudad en febrero de 1937. En conversación con algunos de los jesuitas empezó a sentir la vocación y para espantar ese “moscardón” decidió estudiar primero de Medicina en Granada, viviendo en una pensión de la calle Mesones. No consiguió disolver la vocación, por lo que solicitó permiso a su padre para hacerse jesuita, quien se lo dio, aunque no le agradaba la idea.



La comunidad de Carranque de 2005 de vacaciones en El Puerto de Santa María: W. Soto, Antonio Pascual (Lupi), Manuel Flores, Ignacio Núñez de Castro, Fernando Arjona.

Su mismo padre lo acompañó a las puertas del noviciado de El Puerto de Santa María en 1942, en un tren de carbonilla y, puesto que llegaron a las 22:30, se alojaron en un hotel con colchones de paja. Le resultaba extraña la “cultura” del Noviciado, donde *“nuestro Santo Padre no era el Papa sino San Ignacio, y donde nuestra Santa Madre no era la Virgen María sino la Compañía”*. Durante los primeros días de noviciado fue asaltado

por murrias y melancolías, incluso por ciertas repugnancias, que desaparecieron después. Lo introdujo en las costumbres como “ángel” el novicio veterano Juan Fernández Marín. A los meses de entrar, a principios de 1943, fue testigo de algún eco del desembarco americano en las costas africanas cuando las olas arrojaban a la playa de la Casa de Ejercicios los cadáveres de dos soldados americanos. Su maestro de novicios fue el P. Fernando Moreno Pareja, que pretendió formar una élite de novicios observantes llamada “pusillus grex”. Manolo reconocía que “*Yo no me enteré de nada*”, pues lo supo de repente, en la plática que el provincial tuvo a los juniors el 24 de enero en 1945, en la que puso fin al intento integrista y envió al maestro a Canarias.

Acabado el juniorado inició la Filosofía en 1947 en Chamartín de la Rosa (Madrid) el filosofado de la provincia de Toledo para los jesuitas de las provincias de Toledo y Bética. No debió adaptarse al “espíritu toledano”, pues evocaba este lugar como Chamartín “de las espinas”, cuando lo recordaba con algún antiguo compañero. El tercer curso lo estudió en Comillas (Santander), que, aunque tenía costa, era muy distinta a la del Sol.

A petición propia fue enviado en 1950 a Ecuador, viceprovincia dependiente de la Bética de 1924 a 1952, y a diferencia de la mayoría de los anteriores misioneros, realizó todo el viaje en avión, no en barco. Fue pintoresco el último trayecto en una avioneta, cuyo importe lo pagaron unos pasajeros, ya que el ministro no previó este último tramo y no les había dado dinero suficiente. En un momento determinado, el piloto se volvió al pasaje y les preguntó “*¿Alguno de ustedes tiene un plano de la zona?*”, pues se había perdido. Su enclave en esta misión fue el colegio San Gabriel de Quito, donde una lámina de la Virgen Dolorosa había llorado en 1906, lo que se conoce como el milagro de la Dolorosa de Quito, ocurrido en un periodo en el que los gobiernos liberales legislaban de modo desfavorable a la Iglesia Católica. En este colegio realizó sus tres años de Magisterio.

Continuó su formación teológica en Weston College (Boston, USA) (1953-57), donde fue ordenado sacerdote en 1956 y completó su etapa americana con la Tercera Probación en Cleveland (Ohio). Además de la Teología y estudios de Química, en esta época aprendió inglés y quedó fascinado por el “*american way of life*”. Se sentía atraído por Norteamérica, y, en concreto, por Nueva York, donde volvía cada verano, ya desde Ecuador, y desde España a partir de 1985, a ayudar en la parroquia Saint Elisabeth, con un 75 % de población latina, cuyo párroco Joaquín de Beaumont, de origen navarro, le daba todas las facilidades. Uno de los primeros veranos, enterado de que llevaba años sin ver a su madre, y que sus padres no habían podido asistir a su ordenación, lo persuadió para que dejara por unos días la parroquia y volara a Málaga en un viaje fugaz semiclandestino y financiado por el párroco. Siempre volvía oxigenado de Nueva York. Interrumpió estos viajes por una angina de pecho sufrida a las semanas de la jubilación en 1995. Regresó en 1999, y, aunque tenía permiso del cardiólogo, sufrió un infarto, por lo que hubo de ser intervenido en un hospital neoyorkino para ponerle 4 by-pass, con

posterior convalecencia en la enfermería jesuita de Fordham. Le preocupaban mucho los gastos de esta operación, pero lo que no cubrió el seguro que providencialmente había suscrito por primera vez para este viaje lo buscó Beaumont, incluso pudo viajar su hermano para estar con él. En todo ayudó mucho Alberto del Olmo (jesuita del colegio de Villafranca), con quien coincidía los veranos en Saint Elisabeth.

Acabada la formación, estuvo todo el tiempo en el colegio San Gabriel (1958-73), ironías de un jesuita con vocación misionera que lo dedican a la educación de la élite social del país. Enseñó Química e Inglés, y escribió y publicó varios manuales escolares de la primera materia.

En 1973 volvió a Málaga para cuidar a su madre viuda y aprovechó para comenzar los estudios de Filosofía y Letras en la recién creada universidad malagueña. Su profesora de Historia Marion Reder se impresionaba al ver a un señor tan venerable entre la juventud de los alumnos. También comenzó a dar clases de Inglés y Religión en la Escuela San José (conocida como Escuela del Padre Mondéjar) en 1975. Esta escuela fue la evolución de una iniciada en 1906, como obra dependiente de la residencia de Málaga que, gracias al impulso del P. Mondéjar, fue redimensionada y trasladada a su sede definitiva en la barriada de Carranque en 1968.

En 1981 pasó a formar parte de la comunidad San José que había dejado de ser un *coetus* con su primer superior Marcos Díaz Bertrana (1979-1985). Era un profesor maduro, liberal, experimentado, creativo, cercano a los alumnos, que relativizaba las calificaciones... En las fiestas patronales sorprendía con alguna actuación preparada con los alumnos: como una coral con canciones de Frank Sinatra, o la escenificación de Gene Kelly bajo la lluvia en "*Singing in the rain*". En 1992 se celebraron sus 50 años de Compañía con una misa presidida por él mismo, en cuya homilía evocó con fe estos años vividos, pero también con duro realismo. Siguió una comida en la Sala de profesores, a la que asistieron un grupo de jesuitas y sus hermanos y primos más allegados, unas 36 personas. Se jubiló de profesor con 70 años, y en marzo de 1996 recibió el homenaje de la comunidad educativa junto con otro profesor jubilado, Dionisio Martín. En 2001, al cumplir 77 años, la comunidad le regaló un viaje a Roma, ciudad que no conocía.

En la comunidad era el ministro "sin cartera" desde 1986, pues no quería manejar dinero, delegando esta función en el ecónomo. Era un ministro del detalle, servicial, atento a la comunidad, y a sus pocos huéspedes. Contribuía a crear el ambiente familiar característico de esta comunidad "condenada" a una estrecha convivencia en el espacio reducido de un salón-comedor de pocos metros cuadrados. Uno de sus *hobbies* eran los puzzles en un reto progresivo de número de piezas, y el más difícil todavía, que consistía en que pegaba una lámina grande en un tablero, y él mismo cortaba las piezas

irregulares con una segueta para después volver a juntarlas... Algunas de estas manufacturas decoran actualmente los pasillos del actual Colegio San José.

Tenía un enorme sentido del humor. Un día iba por la calle con un primo y lo abordaron unos entrevistadores de una televisión local para preguntarle por temas de política. Él pretendió zafarse: *“Mire usted... yo no sé nada de eso; yo soy de pueblo y estoy por aquí dando un paseo con mi primo...”* a lo que el reportero replicó: *“Pero ¿no es Usted el P. Flores que da misa en la Esperanza los domingos a las 12?”* Él mismo se reía de sí mismo y disfrutaba contando esta y similares anécdotas.

Al cerrarse la comunidad de Carranque fue enviado a la residencia de Málaga (2008-16) donde estuvo algunos años ayudando en la iglesia. Poco a poco se le veía envejecer, perder vitalidad... a pesar de que un incondicional grupo de profesoras de San José lo invitaban de vez en cuando y lo sacaban de aquella rutina. Al preguntarle cómo estaba, solía responder *“...pues aquí estamos...”*. Cuando necesitó mayor supervisión fue trasladado a la enfermería donde se ha ido consumiendo y dando plenitud a una larga vida que el próximo 31 hubiera llegado a 97 años.

Una de las últimas veces que lo vi, ¿a mi pregunta de “cómo estás?” me respondió: *“Esperando que el Señor me llame...”*, con un cierto dejo de tristeza, ya que no llevaba bien la vejez. Bueno, Manolo, pues ya te ha llamado. Ahora a disfrutar de esa Vida que no se acaba ni envejece.

Wenceslao Soto Artuñedo, S. I.

Roma 12.01.2021